

CREACIÓN Y SALVACIÓN SEGÚN EL CÓDICE SACERDOTAL

La stabilità del mondo secondo il codice sacerdotale, Bibbia e Oriente 20 (1978) 17-25
Creazione e salvezza secondo il Codice Sacerdotale, Bibbia e Oriente 20 (1978) 87-96

Hace algunos años G. Nebel tituló uno de sus volúmenes de ensayos: "salto del dorso del tigre". Con ello aludía a un proverbio chino, según el cual es imposible apearse del dorso de un tigre en marcha. Para quien monta a un tigre el destino es inevitable. Según Nebel el tigre sería la civilización tecnológica, que avanza tan deprisa que pone en cuestión la habitabilidad de la tierra y hace dudar de que el hombre pueda llegar al tercer milenio: "creo que la situación general es desesperada y que es comparativamente irrelevante que el final sea obra de los capitalistas o de los imperialistas, de los demócratas o de los fascistas". Con todo cada hombre particular "puede saltar del dorso de la fiera, pero deberá hacerlo solo o con unos pocos amigos". Posibilidades de saltar por parte de los individuos serían el temor de Dios, o la fantasía, la embriaguez, el deporte o el placer de pasear por el bosque.

Un rechazo tan notable de "ethos" del mundo de la pluma de un humanista profundamente afligido no sólo se parece a todos los movimientos gnósticos surgidos hacia el final de la Edad Antigua, sino que expresa también una mentalidad muy difundida hoy en día, una mentalidad de individualismo y de huida que abandona la responsabilidad respecto del mundo. Puede asociarse al Zen o al Yoga o incluso a tener una casita propia y un huertecito o también a un sistema de valores cristiano-tradicionales en el que palabras como salvación y redención se escriben con mayúscula mientras que realidad terrena, humanidad y creación se escriben en letras muy minúsculas. Este último hecho se da a pesar de los círculos marxistas o caritativos que han surgido como olas en el agua de la conciencia cristiana.

La creación como reflexión sobre la totalidad

Ante los hechos enunciados se trataría de ver si la fe que se funda en la Biblia admitiría este tipo de mentalidad. ¿No nos invita más bien a domar el tigre sobre el que cabalgamos? El problema que se plantea aquí es si el mensaje de la salvación puede subsistir si no sabe qué hacer con Dios creador y con el mundo como criatura suya. Debemos reencontrar la teología de la creación.

La concepción de la creación se ha desplazado, socialmente hablando. Se ha perdido el carácter de totalidad. La reflexión sobre la salvación tiene un carácter individual o de grupúsculo. La reflexión sobre la creación no tiene lugar alguno en la vida de hoy, porque el carácter de globalidad no se tiene en cuenta en absoluto. Ahora bien, si vamos a hablar de creación, deberemos hablar sobre una totalidad. Por ello, quien tenga arrestos para relacionar salvación y creación y para establecer la responsabilidad de la fe respecto de la tierra y de su futuro, no sólo atacará la posición individualista de muchos contemporáneos sino que, al mismo tiempo, desenmascarará como precaria e incluso peligrosa la construcción de nuestra sociedad.

¹Teología de la creación en el código sacerdotal

Parece, por tanto, que hoy en día puede tener una gran relevancia la teología de la creación que se desarrolló hacia el final del exilio babilónico en la llamada historia sacerdotal o simplemente código sacerdotal. El comienzo de este documento es Gen 1, pero muchos cometen el error de interpretar este texto aisladamente, cuando en realidad hay que tratarlo como una parte del código sacerdotal. Sólo en las últimas frases del libro de Josué (que contiene la última parte del código sacerdotal) se puede comprender plenamente la concepción de la creación que tenemos en este documento.

En el código sacerdotal, en contraposición a nuestra concepción dinámica del mundo, orientada según una transformación continua, el mundo es contemplado como un sistema estable. La mutación no es su último principio sino el reposo, la quietud. Hay que considerar el código sacerdotal como un esbozo que se contrapone a la visión escatológica, de la historia que surgió durante el exilio babilónico y que tenemos plasmada en los profetas y en los últimos representantes del movimiento deuteronomista y, de un modo especial, a la expectativa del fin próximo tan desarrollada en el Segundo Isaías. En estos escritos la historia tenía una tensión dinámica hacia el futuro. El pasado ya se había dado y se acercaban cosas nuevas y grandes. Dios estaba creándolas en el mundo. La alianza con los patriarcas era cosa del pasado. Era inminente una nueva alianza, distinta de la antigua.

Aquí el código sacerdotal pide que nos detengamos. Tal como ve las cosas este documento, no sirve una nueva alianza. La que Dios había concluido con Abraham era una alianza eterna que nadie, con sus pecados, podía borrar (Gen 17). Una generación pecadora podía alejarse de la alianza. En este caso la muerte la perseguirá hasta acabar con ella en el desierto. Pero para la generación siguiente, las antiguas promesas vuelven a la vida. Y la alianza con Abraham se halla ya incluida en la alianza con Noé (Gen 9). También ésta es una alianza eterna. En ella se asegura a todo hombre y a todo animal, más aún a todo el cosmos, que Dios no volverá a provocar otro diluvio, es decir ningún otro hundimiento de todo el sistema del mundo. Los egipcios que han construido sus ciudades con el sudor y los lamentos de un Israel esclavizado, serán engullidos por las aguas del mar (Ex 14). Pero la construcción del mundo continúa e Israel salvado puede emprender el camino a la tierra que Dios le ha asignado. La alianza con Abraham y, antes todavía, la alianza con Noé, son las garantías teológicas de la estabilidad del mundo.

Se podría objetar que incluso el código sacerdotal describe una dinámica y un desarrollo continuos. También en este documento nos encontramos con el peligro de que el mundo no puede seguir adelante a causa del diluvio, que sólo será conjurado en el último momento. Parece que la historia desde Abraham hasta Josué también sería un único movimiento y un acontecer dramático. El mundo y la historia serían también aquí dinámicos y no estables.

De hecho lo que narra el código sacerdotal es una dinámica que impulsa hacia adelante. Sin embargo el problema que debemos aclarar es: qué valor tiene, para su visión global del mundo, aquel período de historia narrado por el código sacerdotal. Nos acercaremos a la respuesta de un modo indirecto, mediante nuestra actual dinamización del mundo y en confrontación con una problemática análoga que encontramos en la antigua Mesopotamia.

Un testimonio de Mesopotamia

Los procesos cada vez más impresionantes que amenazan con destruir nuestro mundo dependen en gran medida del desarrollo de la población, que está a punto de transformarse en un proceso explosivo. Este proceso obliga a una urbanización cada vez más grande, a una producción cada vez mayor de alimentos, a una explotación cada vez más vertiginosa de las reservas de energía y de las materias primas de nuestro planeta. Ahora bien, este problema de la superpoblación se planteó de modo análogo en la antigüedad. Por ejemplo el nacimiento de la cultura del riego y de las ciudades en Mesopotamia debe remontarse a presión de la población y, una vez presente esta cultura, parece que la amenaza de la superpoblación era un problema que se presentaba periódicamente. Un testimonio que resulta especialmente interesante en este sentido, por su relación con el código sacerdotal, es el poema épico de Atrahasis. Era ésta una obra ampliamente conocida y utilizada en la mitad del primer milenio a. C., precisamente cuando surge el código sacerdotal frente a la concepción sus temas más importantes es el de la superpoblación y, precisamente, en relación con el problema de la estabilidad del mundo.

El poema (que data del siglo 17 a.C.) se abre con los dioses presentes en un mundo *ya* existente, pero todavía sin hombres. En el mundo es preciso que el trabajo se realice. Los dioses más importantes obligan a los inferiores a realizarlo ellos solos. Al cabo de un cierto tiempo éstos se rebelan y ésta es la razón por la que son creados los hombres: desde aquel momento serán ellos quienes realizarán el trabajo y a fin de que sean bastantes para realizarlo son dotados de mecanismos de reproducción. Pronto el número de los hombres es tan grande que su tumulto impide a algunos dioses el poder dormir en sus palacios. En consecuencia comienzan a pensar en diezmarlos o en aniquilarlos. Dado que hay algunos dioses que ayudan a los hombres, los primeros intentos de aniquilamiento por medio de carestía epidemias fracasan. Entonces el diluvio parece una solución radical. Pero Atrahasis, el favorito del dios de la sabiduría, se salva. Por consideración hacia él y su descendencia, se reconcilian los partidos de dioses rivales. Y hacen un gran pacto que implica que el hombre tiene derecho a la existencia (ya que alguien ha de realizar el trabajo), pero el número de hombres es limitado y, a fin de que no aumente, se introducen sistemas que obstaculizan el crecimiento de la población como la esterilidad de muchas mujeres, la mortalidad infantil y la institución de las sacerdotisas no casadas (y, por tanto, sin hijos). De este modo las tendencias opuestas en el mundo se disponen en un línea intermedia porque estos dioses mesopotamios, en el fondo, son las dimensiones profundas del mismo cosmos.

Aquí se acaba el poema de Atrahasis. No tiene nada más que decir, ya que el mundo es como debe ser y como será en el futuro. La dinámica del devenir del mundo en lo que se refiere a la existencia, el número y la función de los hombres ha superado la amenaza gravísima a la que había llevado la superpoblación. Ha comenzado la situación de estabilidad en la que la humanidad vive. El mensaje del poema de Atrahasis es, por tanto, un mensaje de un mundo estable aunque lo que se ha narrado sea la dinámica prehistórica que precede a la situación ideal.

La estabilidad del mundo según el código sacerdotal

Lo mismo que acabamos de decir sobre el poema mesopotámico vale para el código sacerdotal. Ya los estratos más antiguos del Pentateuco se han inspirado en el poema de Atrahasis: por ejemplo lo que hace referencia al trabajo y a la narración del diluvio. Pero en estos episodios el acercamiento era más bien exterior, en cambio son las afirmaciones básicas del poema las que han modelado la toma de postura del código sacerdotal en Babilonia. Uno de dinámica del futuro que tenían sus contemporáneos. El esquema narrativo del código sacerdotal pasa a través de situaciones críticas y dinámicas y alcanza un verdadero compromiso que conlleva una situación estable. Veamos esta manera de proceder en dos casos: el que hace referencia a la construcción del mundo y la población.

El mundo es creado de manera que tanto el hombre como los animales deben nutrirse con vegetales (Gen 1,29). Pero los seres vivientes no se atienen a esta ordenación. La violencia se impone y de esta forma el mundo, tan bien creado, cae en un estado de depravación. Provocando el diluvio, una verdadera recaída del cosmos en el caos, Dios no hace más que llevar la depravación a sus últimas consecuencias (Gen 6,9-13). Con todo, Dios salva a Noé, que no se había entregado a la violencia y, en el último instante, pone término a la catástrofe del mundo. Después del diluvio viene el pacto que, naturalmente, supuesto el monoteísmo del código sacerdotal, no puede realizarse entre grupos de dioses rivales. Lo proclama la decisión soberana del Dios creador trascendente. Es la introducción de una cierta ordenación de cualidad inferior. En lugar de la paz entre los hombres y los animales, casi paradisíaca, entra la guerra: hay que notar, con todo, que la nueva ordenación contempla la lucha entre hombres y animales, pero no la lucha entre los hombres (Gen 9,1-6). En concreto se significa que la carne puede ser comida y que comer carne no se considera ya un acto de violencia. Con este hecho se asegura la disminución de las violencias, de forma que Dios puede asegurar por toda la eternidad, en la alianza con Noé, que nunca más provocará un diluvio (Gen 9,7-17). Con ello la edificación del mundo se ha estabilizado.

Hay todavía otro aspecto a considerar. El plano divino era: "creced y multiplicaos y poblad la tierra" (Gen 1,28). Según el proyecto divino también después del diluvio continúa vigente esta ordenación. Pero en el código sacerdotal ya no se narra cómo sucedió esto con otros pueblos, sino sólo con el ejemplo de Israel. A Abraham se le asignó la tierra de Canaán (Gen 17,8). En las siguientes generaciones su estirpe se multiplica, pero cuando se ha alcanzado el número completo de las poblaciones y se ha realizado la bendición de la numerosa descendencia, este pueblo se encuentra en tierra extranjera y ha sido reducido a esclavitud (Ex 1,1-5.7.13s). Renace de esta manera el elemento dinámico y la inestabilidad. Yahvé libera al pueblo de Egipto y lo guía a través del desierto hasta la tierra prometida. Durante el camino surgen nuevas complicaciones a causa de los pecados del pueblo. Pero al final, en la frontera de Canaán, el tiempo de la dinámica se ha acabado. Las relaciones de poder en el pueblo son modificadas: en la tierra prometida, los sacerdotes pueden ascender a los cargos más elevados; jefes dinámicos como Moisés ya no son necesarios (Num 27,12-23). Estamos ante algo así como el segundo pacto del código sacerdotal que pone fin a una segunda dinámica y la conduce a la estabilidad. La analogía de la estructura de la narración con el poema de Atrahasis es evidente. De la misma forma la afirmación fundamental también será análoga: por muy dinámicos que hayan sido los primeros momentos,

cuando la humanidad y el mundo han alcanzado su medida y su ordenación, el mundo puede y debe seguir siendo como es.

Creación y salvación

Podemos preguntarnos ahora qué relación existe entre la salvación proveniente de Dios y la creación en el cuadro de la concepción del mundo que en último término está determinada por la estabilidad. Porque el mensaje de la Biblia es el anuncio que Dios quiere nuestra salvación, pero es El, el creador, quien nos *ha* puesto en este mundo. En el código sacerdotal el tema de la salvación se puede tratar a raíz de Abraham o también en relación con el Exodo de Egipto. En los dos casos nos ofrece fundamentales textos teológicos: Gen 17 para Abraham y Ex 6 para el Exodo. Los dos textos se refieren uno a otro. En Gen 17 Dios sella su alianza con Abraham, en Ex 6 anuncia a Moisés que librá a Israel de la opresión egipcia porque se acuerda de su alianza. De hecho lo que se promete a Abraham se superpone a la razón por la que Israel es liberado de Egipto.

Según estos textos del código sacerdotal, la salvación tiene un doble contenido: la tierra de Canaán como don y la relación particular de Israel con Dios.

La posesión de la tierra de Canaán

Para el código sacerdotal, que tiende a reducirlo todo a lo esencial, es evidente que con esta expresión no se pretende presentar la simple posesión de la tierra. Cuánta importancia da el código sacerdotal a la tierra entendida como salvación lo muestra uno de los pocos -tal vez por esto más importantes- textos que presenta una narración de culpa: la narración del envío de los exploradores de Num 13 y 14. Para la tendencia pacifista del código sacerdotal (en este documento no hay conquista guerrera de la tierra) los exploradores no son grupos armados sino más bien un grupo que tiene como tarea -hasta cierto punto sagrada- observar el país y que, en nombre del pueblo, debe examinar con atención el don divino que tienen delante. Realiza esta tarea en una procesión de 40 días del extremo sur al extremo norte y, a la vuelta, dan su parecer sobre el país ante la asamblea del pueblo. Es un parecer negativo. Canaán sería, según ellos, un país que devora a sus habitantes. La comunidad se adhiere tumultuosamente a este parecer. La consecuencia es la condenación de toda la generación a morir en el desierto. Sólo la generación siguiente podrá entrar en el país, para ellos rebrota la antigua promesa de Jahvé a Abraham. Para esta culpa el código sacerdotal introduce una definición precisa: "denigración del país" en el sentido de una denigración del don salvífico de Jahvé (Num 13,32).

La generación siguiente no cometió esta culpa y, al fin del código sacerdotal, entra en la tierra prometida. Después de la ocupación -subrayémoslo- pacífica del país encontramos una formulación que atañe a nuestro problema: "Toda la comunidad de los israelitas se reunió en Silo y erigió allí la tienda del encuentro. Todo el país era posesión suya" (Jos 18,1). Se usa aquí una palabra que sólo encontramos en el relato de la creación: *kabas*, literalmente significa "poner el pie sobre algo", expresión que no hay que entender en el sentido de explotar, pisotear, someter sino, más bien, en el sentido de "tomar posesión". Con estas palabras Dios presenta en Gen 1 el principio operante que deberá realizarse al final de la creación: "sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y poseedla" (Gen

1,28). Es decir, la humanidad, numéricamente reducida al comienzo, debe crecer, originar pueblos que se distribuirán sobre la faz de la tierra y que poco a poco irán tomando posesión de su territorio. En Jos 18 el ejemplo del pueblo de Israel ilustra la realización de este fin connatural a la creación misma: un pueblo ha crecido, ha entrado en su tierra y ha tomado posesión de ella.

Que la creación haya llegado a cumplirse y que Israel haya alcanzado la salvación es la misma e idéntica cosa. La salvación no es, por lo menos en lo que se refiere a su primer elemento, "la tierra", algo yuxtapuesto a la creación. Es el cumplimiento de la misma creación. Cuando la realidad creada será como la quiere el Dios creador, entonces estará presente la salvación.

El anuncio de que Jahvé quiere convertirse en Dios de Israel

A pesar de que este anuncio resulta en principio oscuro, se aclara a lo largo de la narración. Cuando Israel llega al Sinaí, la gloria de Jahvé pone su morada en el monte. Moisés es llamado a la montaña, en medio del fuego ardiente, y allí recibe las instrucciones para la construcción del santuario. En el primitivo código sacerdotal estas instrucciones acaban con Ex 29,43-46. A través de este texto es fácil comprender que el hecho de que Jahvé sea el Dios de Israel significa en concreto que está presente en medio de Israel a través del culto. Ahora puede entenderse también por qué hacia el final del código sacerdotal (Jos 18,1), donde se habla de que Israel ha tomado posesión de su tierra, se dice también que en esta tierra, en Silo, Israel ha erigido la tienda de la reunión. Este es el segundo elemento de la salvación tal como la entiende el código sacerdotal. Los dos elementos son mencionados al final de la narración sacerdotal, tanto la posesión de la tierra como la presencia cultural de Dios. Parece, con todo, que el segundo elemento, a diferencia del primero, no se encuentre al comienzo del código sacerdotal, en la narración de la creación. Y parece también que este elemento sólo aparece con ocasión de la promesa a Abraham.

Pero una consideración más atenta de la perícopa sinaítica nos hace avanzar. Esta perícopa contiene la teología del código sacerdotal sobre el culto y puede constatarse que, desde el punto de vista narrativo, está relacionada con la presentación de la creación en Gen 1. En este fragmento la obra de creación está repartida a lo largo de 6 días y se conmemora que el séptimo es un día de descanso divino. Este tema de los seis días, a los que sigue uno de reposo, es el que abre la perícopa sinaítica: "La nube cubrió el monte. La gloria de Jahvé descansó sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió por seis días. Al séptimo día llamó Jahvé a Moisés de en medio de la nube..." (Ex 24,15-16). El séptimo día es, por tanto, no sólo el día de descanso del trabajo sino también y al mismo tiempo el día del encuentro entre Dios y la creatura. En este encuentro tomará parte primero sólo Moisés. Pero el significado de la narración sinaítica es mostrar cómo el valor de este encuentro se hace transmisible de forma que pueda participar de él toda la comunidad. Por ello se muestra a Moisés el modelo de santuario. El santuario es construido después y la nube de la presencia divina se desplaza del Sinaí -la inmensidad del universo- al interior del santuario, donde en medio de un gran júbilo se hace posible el encuentro de todos con Dios. Hay que recordar, además, que al fin de los trabajos de construcción, cuando el santuario se ha terminado y los trabajadores lo muestran a Moisés, se presentan muchas reminiscencias de Gen 1. Moisés completó la obra de la misma manera que Dios, durante la creación, había completado la suya. Si la creación,

vio Dios que era buena, Moisés constata que todo se ha hecho según las ordenaciones. No hay, por tanto, que dudar que en el código sacerdotal tenemos un paralelo entre la construcción del santuario y la construcción divina del universo por una parte y entre el encuentro con Dios en el Santuario en el culto y el reposo divino del séptimo día, al fin de la creación.

El trabajo y el descanso

Hay un tema que, en el código sacerdotal, está íntimamente enlazado con los dos elementos que acabamos de ver: la creación y el culto. Nos puede ayudar a redondear la relación entre creación y salvación. Es el tema del trabajo y el descanso. Según la antropología mesopotámica los hombres son creados por los dioses para que en el mundo haya quien lleve el yugo, se fatigue y trabaje. Al comienzo eran los dioses quienes lo realizaban. Pero ahora, liberados de la tarea terrible del trabajo, se han convertido en los seres del reposo. En el código sacerdotal el Dios creador es un dios que trabaja y descansa. También el hombre es creado según la imagen de Dios, pero ¿sólo para que sea capaz de trabajar, como en Mesopotamia? El código sacerdotal hace surgir las primeras dudas acerca de una tal interpretación cuando nos dice que en el séptimo día el creador bendijo el descanso (Gen 2,3). La bendición, en este documento, significa siempre multiplicación. Y ¿dónde puede reproducirse el sábat si no es en la misma creación? El tema es retomado cuando Israel está en Egipto (Ex 1,13s; 2,23-25). Israel es obligado a trabajar. No se habla de reposo. Esta es la imagen del código sacerdotal para el trabajo falso, alienante. De este trabajo Dios libera al pueblo de Israel.

Después, durante la peregrinación por el desierto, Israel conoce el verdadero trabajo que no aliena y que está en armonía con la creación. En primer lugar el trabajo para la alimentación. Con el maná los israelitas aprenden a conformarse con la naturaleza (Ex 16). Se recoge sólo lo que se necesita y, con sorpresa de todos, se encuentra solamente lo que es necesario. Pero, sobre todo el sexto día se encuentra el doble y el séptimo, nada. Lo cual quiere decir: si Israel, en el trabajo, se relaciona con la creación con la serenidad de quien es libre, entonces la creación le revela el secreto del ritmo de trabajo y reposo que hasta entonces le había estado escondido. Pero el trabajo humano no se reduce a sacar alimento de la naturaleza. Es también esencialmente una transformación creadora de la realidad. También la perícopa sinaítica corrobora esta visión al presentar la construcción del santuario en oposición al trabajo de los esclavos egipcios. En los textos de la construcción del santuario se acumulan los términos que hablan de espontaneidad, de deseo que mana del corazón, de disponibilidad, etc. (Ex 35, 5.21.29; 36, 2). El trabajo del hombre es entonces creatividad ordenada por la voluntad de Dios expresada a Moisés. Por esto el santuario se construye fielmente según el modelo celestial. Este trabajo es el que hace posible que la trascendencia divina se convierta en inmanencia: que en la fiesta Dios se haga presente y por tanto llegue a ser el Dios de Israel.

El problema que nos hemos planteado era ver cómo se relaciona con el orden de la creación el elemento de salvación que el código sacerdotal expresa en términos de cercanía cultural de Dios a Israel. La cercanía cultural de Dios tiene lugar cuando el hombre, como imagen de Dios, alcanza, en su labor de transformación del mundo, el ritmo de trabajo y reposo, y con el trabajo realiza la transformación del mundo que posibilita, en el reposo del trabajo, el encuentro con Dios. Dios, por tanto, concede la

salvación como cercanía sólo cuando, mediante el cumplimiento de la obra del creador, es llevada adelante la creatividad cultural de los hombres: con ella el mundo se convierte en templo. El enlace entre creación y salvación no puede ser más estrecho.

Conclusión

El autor del código sacerdotal no conocía los problemas del mundo que nos angustian ahora. No estaba aterrorizado ante una explosión demográfica, ni ante una amenazante inhabitabilidad del mundo causada por un saqueo irresponsable. Por dlo no nos da ninguna respuesta directa al problema de la responsabilidad del hombre respecto a la tierra. Con todo, sobre todo en su reflexión sobre el trabajo humano, se delinea nítidamente la posición del hombre en el cosmos: la relación que une el trabajo a su modelo celestial, su naturaleza ordenada a un culto de alabanza que condena como impía y antihumana cualquier acción que degenera en un dinamismo destructor del mundo o bien cualquier autonomía humana que aliente a la destrucción de los valores estables de este mundo. Además, salvación y creación son de tal manera interdependientes que quien destroza la creación, se está jugando la salvación.

Por tanto no hay salvación alguna para el hombre fuera de la creación. No es posible saltar del dorso del tigre: ni el individuo ni los grupos pueden renunciar a su responsabilidad respecto de este mundo.

Hay que tener presente el carácter relativo de la teología sacerdotal. A pesar de que es el intento más importante de sistematización teológica en todo el Antiguo Testamento, no deja de ser uno entre muchos. Lo que sí hay que tener en cuenta, es que la presentación del código sacerdotal está en clara contraposición con todas las importaciones escatológicas que, por lo menos desde un punto de vista superficial, se ha ido imponiendo en el Nuevo Testamento. Y decimos desde un punto de vista superficial porque cuando se dice que en Jesús se ha cumplido todo y que han llegado los últimos tiempos, se está confirmando que, por lo menos con Jesús, se introduce un cierto quietamiento en la dinámica de la historia.

Se debería, por lo menos, concebir la teología de un modo más genérico. En lugar de la cercanía de Dios en el culto vino la cercanía de Dios en la persona de Jesús y en su iglesia (cf. Heb). El paso del mundo de un estado dinámico a uno estable se ha referido demasiado intuitivamente al paso del Jordán por parte de los israelitas. Tal vez podamos decir que en muchos sentidos este suceso sólo se dará al comienzo del tercer milenio. En cualquier caso puede quedar claro que quienes leyendo el código sacerdotal intentan legitimar lo que en nuestros días se está haciendo en la tierra del Señor, están muy lejos de la verdad. En cambio, es posible que necesitemos hoy más que en otros tiempos de las imágenes de este documento y de sus narraciones para construir mitos que combatan el mito del progreso que los tiempos que corremos han metido tan adentro de nuestro ser, olvidando que sólo en la creación encontramos nuestra salvación.

Notas:

¹Uno de los cuatro documentos o fuentes literarias fundamentales que están en la base del Pentateuco (N. de la R.).

Tradujo y extractó: J. ORIOL BRUSTER